

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 19 DE JULIO DE 1886 →

NUM. 238

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Historias cortesanas* (DOS CARTAS), por don Luis Alfonso.—*Ella* (conclusión), por don Francisco Grasyas Elías.—*La Exposición de higiene urbana*, por el Dr. Z...—*Viaje á Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*La bayadera*, cuadro de G. Courtois.—*Apunte*, de E. Serra.—*La rosa de oro.*—*Tipo africano*, dibujo de T. Moragas.—*Amoríos en Venecia*, cuadro de Enrique Woods.—*El aprendiz de herrero.*—*Fin del salteador*, cuadro de J. Schmitzberg.—*El Papa y el Inquisidor*, cuadro de Juan Pablo Laurent.—*Apunte*, de J. María Marqués.—*La Exposición de higiene urbana.*—*Un raudal en el Sahug.*—*Riachuelo en la costa oriental de Mindanao.*

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS

NUESTROS GRABADOS

LA BAYADERA, cuadro de G. Courtois

Los tipos orientales privan de tal suerte entre los pintores contemporáneos que, francamente lo decimos, vamos temiendo que el público se subleve contra tanto orientalismo. Las bayaderas han sido llevadas y traídas de mil diversas maneras, á tal punto que si los moros pueden todavía con ellas, los cristianos ya no tenemos paciencia para resistirlas.

Convengamos, sin embargo, en que hay bayaderas y bayaderas, ó sea que en todo asunto artístico la excelencia de la ejecución abona hasta lo vulgar del objeto. Digamos más; digamos que cuanto más manoseado ha sido un tipo ó asunto, mucho más sobresalientes deben ser las condiciones del artista que, al tratarlo de nuevo, consiga un triunfo no controvertido. Pues esto ha ocurrido con *La bayadera* de Courtois en la última Exposición de bellas artes celebrada en París.

Se comprende con sólo fijarse en la ejecución de esa obra, tan fina, tan bien estudiada, tan perfecta, tan nueva, que ella sola diera fama á un autor de menos valía. En el semblante de esa mujer se trasparece toda su existencia; su lánguida mirada fascina, sus labios sensuales matan. Esa figura es el materialismo poetizado de Oriente; es el drama de toda una raza; casi estamos por decir que es el poema de todo un pueblo, que ama la forma, no como el griego por la educación estética, sino por lo que la forma dice á los sentidos.

LA ROSA DE ORO

Esta alhaja, enviada por el pontífice León XIII á la reina regente María Cristina, consiste en una rama de rosas con siete flores, catorce capullos y más de cien hojas, todo de oro fino. La rosa central se abre y contiene los perfumes (bálsamo del Perú y almizcle) que simbolizan la gloriosa resurrección de Jesucristo. Dicha rama está metida en un jarro de plata sobredorada, de estilo del siglo XVI, primorosamente cincelado. Dos ángeles forman sus asas, y en medio del jarro se ve por un lado la imagen de Santa Cristina, patrona de la Regente, y en el otro la siguiente inscripción redactada por el Papa mismo:

MARIÆ CRISTINÆ
ALPHONSI XIII
HISPANIARUM REGIS MATRI
ROSAM AUREAM
LEO XIII
PONTIFEX MAXIMUS
D. D. D.
ANNO MDCCCLXXXVI

Esta bella obra de arte tiene ochenta centímetros de altura y ha sido labrada por el señor Tanfani, platero del Papa.

TIPO AFRICANO, dibujo de T. Moragas

Es un tipo, un tipo en toda la extensión de la palabra. Africa produce muchos africanos; pero no todos lo son tan puramente.

Limitándonos, empero, á la ejecución del artista, ¡cuánta energía en el dibujo! ¡cuánta inteligencia en los efectos de luz y sombra! ¡cuánto relieve, cuánto detalle, cuánta difícil facilidad empleada en esta obra!... La carne de ese rostro es carne; sus huesos son huesos; debajo de esa piel se está viendo circular la sangre, la vida, el calor africano.

AMORÍOS EN VENECIA, cuadro de E. Woods

Este grabado es copia de uno de los mejores cuadros de M. Enrique Woods, artista inglés de reconocido mérito, y representa uno de esos pequeños muelles que hay á orillas de los canales de Venecia, destinados á la reparación de góndolas, donde un joven barquero corteja á su amada. El asunto es demasiado expresivo, no obstante, para necesitar explicación alguna. Este lienzo, así como todos los del citado artista, se distingue por el vigor del colorido y la riqueza de los detalles.

EL APRENDIZ DE HERRERO

La práctica saca maestros. Este aforismo no lo negará el aprendiz de herrero; pero os dirá, también, que esta práctica se adquiere dolorosamente. Con frecuencia en vez de dar en el yunque se da en el brazo, y aquí de los ayes y de las contorsiones.



LA BAYADERA, cuadro de G. Courtois, grabado de Baude

Tal ha acontecido á nuestro muchacho, y este hecho de la vida real ha dado lugar á nuestra bellísima estatua, que es un prodigio de expresión y de naturalidad.

FIN DEL SALTEADOR, cuadro de J. Schmitzberg

Quien mal anda mal acaba, dice el refrán; y los refranes dicen á menudo grandes verdades. La zorra hizo de las suyas durante el verano, porque el verano es un grande encubridor de cuadrúpedos bandoleros. Pero vino el invierno; se deshojaron los arbustos, se secaron los matorrales, desapareció la espesura que despista al guardabosque, ese guardia civil de las especies irracionales dañinas; y aquí empezó á peligrar la seguridad de la raposa. La nieve cubrió en seguida la tierra, y como la saqueadora de corrales no tuvo la astucia de Bertoldo que se puso los zapatos al revés para engañar á sus perseguidores, cata ahí que el rudo cazador dió muerte al animal con la tranquilidad del que ejecuta una sentencia pronunciada por juez competente.

El paisaje está bien entendido y da exacta idea de la naturaleza despojada de sus galas. Las figuras lo animan convenientemente y el mayor elogio que podemos hacer de su autor es que, contemplando su obra, se siente algo muy parecido á frío.

EL PAPA Y EL INQUISIDOR, cuadro de Laurent

Este lienzo ha llamado la atención pública en el último Salón de París, y ciertamente con motivo, pues reúne á un buen dibujo, una expresión feliz de los sentimientos que dominan en los personajes. Títulase: *El Papa y el Inquisidor*; pero este título es sobrado vago para apreciar hasta qué punto el artista ha comprendido el asunto.

A nuestro ver la escena se remonta al año 1233, cuando el Pontificado confió á los PP. Dominicos la dirección del tribunal que, á pretexto de purificar de herejía á ciertas naciones, debía servir de instrumento, alternativamente, á las miras de los pontífices, de los reyes y aun de los mismos inquisidores. Si es así, el papa del cuadro debe ser Gregorio IX. Por lo que toca al dominico, su semblante demuestra el interés con que da cuenta de las constituciones del nuevo tribunal, cuyo alcance comprende de sobra; al paso que el pontífice pone en la lectura una atención merecida; pero ajena á sorpresa, como quien se halla bien enterado de aquello que lee.

La composición es sobria y también pudiéramos calificarla de muy correcta, si el brazo izquierdo del dominico no nos pareciera algo desproporcionado. Siempre, empero, resulta un cuadro de estudio, digno de los elogios que ha tributado á su autor la sana crítica.

APUNTE, de J. M. Marqués

Nuestro apreciado colaborador sale próximamente para Suiza y nos remite este dibujo á la pluma como pudiera remitirnos una tarjeta de despedida.

—¡Hasta la vuelta querido artista!... Se dirige V. á un país que excitará poderosamente su atención y le ofrecerá mil ocasiones en que ejercitar su talento. Allí la naturaleza ha desplegado galas que usted no conoce aún: figúrese la antítesis de la Italia que V. ha recorrido; árboles que tocan á las nubes, nubes que bajan hasta las montañas, montañas que suben hasta el cielo. Nieve y verdura en admirable combinación; lagos mansos, canales estruendosos, una Arcadia en pleno siglo XIX y un pueblo virgen, fuerte, noble, honrado; manso como las blancas terneras de sus prados; bravo y altivo como las águilas que anidan en las crestas de sus montes. Prepare V. muchos *albums* y guárdenos las primicias de sus impresiones.



APUNTE, de Enrique Seira

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

CARTA PRIMERA.—*Rafael á Leonardo*

París 24 de diciembre de 1868

Mi queridísimo Leonardo: Al cabo puedo escribirte, y escribirte á mi sabor... ¡Con qué placer, con qué ansia voy á llenar de renglones pliegos y pliegos! Me ahogaba, crélo, me ahogaba en el oleaje de recientes memorias y necesitaba á toda costa referir el suceso; es decir, referirte á tí, no á nadie más, porque tú mereces mi confianza absoluta y puedes darme lo que necesito pronto, muy pronto: consejos y noticias.

Noticias, sí, porque desde mi salida de Madrid, después de aquella maldecida noche, nada he sabido de *ella* ni de... Pero hablo atropelladamente y sin explicar nada y lo que conseguiré será marearte con exclamaciones y frases, para tí vacías de sentido.

Voy al caso, con calma... ¡Aunque estoy tan impaciente, tan nervioso!... El creyente que, abrumado por la conciencia de grave pecado, acude, anhelante y temeroso á la vez, al tribunal de la penitencia, no experimenta otras sensaciones que las que me agitan desde que tomé la pluma.

Nuestra antigua, invariable y ferviente amistad, es prenda segura de confianza, y sé, por tanto, que no estaría



LA ROSA DE ORO, enviada por el Papa á la Reina Regente de España

más segura la contesión, á que por término de comparación aludía, en oídos del sacerdote que esta carta en tus manos.

Existe, además, otra razón, aunque de ménos entidad, que me obliga á hacerte partícipe de mi secreto. Tú fuiste en realidad quien me puso en relación con *ella* (pronto te diré *ella* quién es), y á tí debo cuenta estrecha de mis actos desde que la conocí hasta ahora.

¡Ah querido Leonardo! ¡Qué de acontecimientos de toda clase en poco más de cuatro meses! No sólo ha cambiado por completo, de *fond en comble*,—como dicen por acá,—la suerte de nuestra patria, sino que algo de semejante ha sucedido con mi propia suerte.

Sí, amigo mío; también experimenté yo en setiembre una tremenda revolución, cuyas consecuencias, como las de la revolución política de España, no cabe prever todavía... A la vez que cambiaba radicalmente el gobierno, caía el trono y todo lo existente venía abajo, reemplazándolo lo nuevo, y también lo desconocido, mudábase el gobierno de mi vida, derrumbábase la honra de una noble doncella, y lo incierto, oscuro y pavoroso sustituía, en una familia respetable, la vida normal y el hogar constituido.

Me explicaré, Leonardo; sí, me explicaré.... Perdona á la ingénita vehemencia de mi carácter arranques para tí fuera de sazón, pero que son otras tantas sajaduras por donde escapa el torrente de impresiones y emociones que, comprimidas en estrecho espacio, ya te lo dije, me ahogaban, literalmente me ahogaban...

Te entregará esta carta Nicolás, mi ayuda de cámara, que va á esa corte, — á esa ex-corte, gracias á tus amigos políticos, que Dios confunda, amén... y perdona la franqueza.

Lo envió para que averigüe, arregle y ponga á salvo muchas cosas. Mi significación en la monarquía y el gobierno derrocados hace tres meses, no solamente me obligó á emigrar en pos de la Señora, sino á dejar mis negocios é intereses á merced de la casualidad, ó de cualquiera de esos bergantes... Y vuélveme á perdonar la franqueza, progresistón empetadado.

Ya sabes que desde hace años es Nicolás persona de quien puedo fiar en todo y para todo; su honradez corre parejas con su afecto á mí y á los míos; á nadie, pues, mejor que á él, ó por mejor decir, á él únicamente podía encomendar la delicada y hasta peligrosa comisión de hacerse en Madrid cargo de mis negocios, y de entregarte en propia mano esta carta que va á pecar y mucho de extensa.

Seguro estoy de que te hallas en Madrid. Al separarnos en junio ibas, según me confesaste, abominable bandido, á dar el último golpe á la conspiración en que andabas, tanto ó más que por convicción política, por amistad personal, y por tu parte cordialísima, hacia don Fulano... ya sabes quién.

Y por cierto que mucho temo que, según te vaticiné, al llegar la hora del triunfo (que yo no consideraba próximo ni mucho menos, lo declaro ingenuamente), hayas quedado de figura decorativa de último término. Dígolo, porque aunque apenas leo los periódicos españoles (me

había propuesto no leer ni uno después que tus amigotes convirtieron la noble monarquía española en merienda de negros — ó botín de blancos que es peor todavía); aunque apenas leo, repito, los papeles de esa tierra, como alguna vez la maldita curiosidad puede más que mi propósito, paso la vista por los tales impresos.

Leyéndolos, pues (sólo algunas veces), he notado que entre la multitud de nombres que danzan para toda especie de empleos, — ¡cómo están poniéndose el copo los pescadores de ese río revuelto!... — no he encontrado tu nombre más que una vez, y esa en la lista de los pocos que se han ofrecido á desempeñar gratuitamente cátedras populares. Habrás, por lo tanto, entrado en Madrid á la zaga del don Fulano consabido, quien te prometería montes y morenas cuando exponías tu pelleja y tu hacienda en su provecho, pero que una vez en lo alto de la escala, te habrá dicho que te mantengas quedo en el primer travesaño, — á ras del suelo como estabas antes. «Así conviene por hoy, — añadirá, — á los altos intereses del partido y á los sacrosantos intereses de la patria.» (Donde dice «partido» léase *egoísmo*, y donde dice «patria» léase *estómago*.)

Querido Leonardo, soporta con paciencia mis catilinarias; Ovidio, desterrado allí en la Crimea por culpas propias ó ajenas, exhalaba sus penas escribiendo *Los tristes*; yo que no tengo de Ovidio sino mi afición á las Cypasis y Corinas, y que gasto diferente humor, desahogo mi coraje en otra forma; además, París tiene en realidad muy poca semejanza con el Ponto Euxino...

Estábamos en que Nicolás te entregará esta carta, que no he querido confiar al correo. ¿Por qué? dirás: porque al cruzar los Pirineos sería muy fácil que la administración postal española, que en todos tiempos ha dejado extraviar las cartas por mal servicio, esta extraviara ahora en su provecho al reconocer que procedía de un moderado de tomo y lomo, y por añadidura empleado de cuenta y palaciego.

Tranquilo, pues, por la suerte de lo que te escribo; seguro por otra parte, de que Nicolás dará contigo en Madrid, y un tanto más sosegado desde que dije algunas, sólo algunas, de las picardías que merece la taifa de liberales que ha entrado á saco en las plazas del poder, paso, sin más rodeos, á referirte lo que en el terreno privado, no en el político, me sucedió y á rogarte luego que sin demora me digas lo que *ella* ha hecho y lo que yo debo hacer.

Recordarás que hará próximamente un año conocí, galanteé, — y fui correspondido, — á aquella graciosísima viuda... á quien no se le ha muerto el marido, y que llamaremos v. g. Calipso. Tú ya sabes su verdadero nombre.

Calipso (lo recordarás también) podía consolarse perfectamente de la partida de Ulises, supuesto que éste enemigo de la quietud, se fué al otro mundo (por eso decía *ella* que era viuda) estableciéndose con una compañera de viaje en el Río de la Plata, donde debe de haberse gastado ya toda la suya.

Calipso se encontró con un Telémaco de su gusto, que era yo, y cádate aquí un devaneo de los más sabrosos y placenteros.

Exigíome (como asimismo recordarás) que fuese yo donde *ella* iba, por lo cual me convertí en su paje, asomando por donde quiera tras de la cola de su vestido.

Una de las casas que más frecuentaba Calipso era la de los señores de Fueros, — á los que llamo así por los que tenía, ó tiene, el padre y por su afición, como buen tradicionalista, á la legislación foral de las Provincias Vascongadas.

Los señores de Fueros «recibían,» según la frase usual, todos los jueves por la noche. Componíase una buena parte de su reunión de gente moza y jovial, que sin salvar nunca los límites del buen tono, hacía de aquella tertulia una de las más amenas de Madrid, reinando en *ella* esa llaneza elegante (aunque suene la frase á paradójica) que constituye el principal encanto de tales *soirées*.

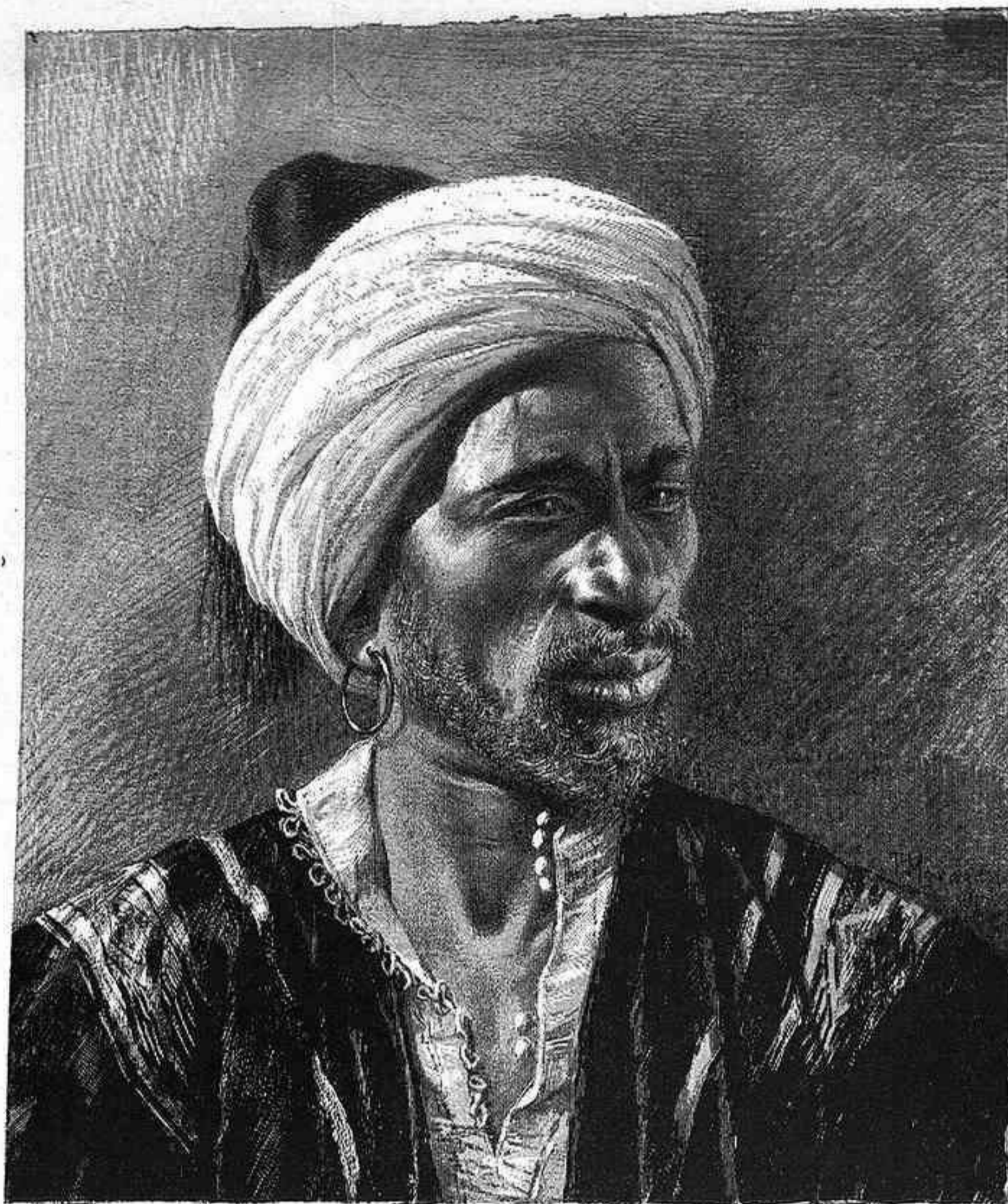
Esto significa que no eran de etiqueta, ni llevaban el nombre de bailes, — aunque á lo mejor la persona que tecleaba el piano promovía la danza con un wals ó un rigodón — ni admitían lo que se llama «presentados» Si yo lo fuí, bien sabes tú de qué modo. Calipso me conjuró por todos los dioses del Olimpo, — y especialmente por el más chicuelo — á que asistiese á los «jueves» de los de Fueros, con quienes *ella* tenía antigua amistad, heredada de su madre, grande amiga de dichos señores.

Una tarde, al separarme de *ella*, de Calipso, me encontré contigo en la calle del Arenal. Hacía largo tiempo que no te veía; las maldades que estabas urdiendo con los liberalazos te mantenían alejado del mundo y de mí, que era lo que yo más deploraba.

Te dí un abrazo, te llamé carbonario, demagogo y mason inícuo, y á renglón seguido añadí que andaba á caza de un introductor de embajadores cerca de SS. MM. los señores de Fueros.

Al oír este apellido, tú exclamaste: «¡Ah!» lo cual podía significar tres ó cuatro docenas de cosas, en persona tan lacónica y concentrada como tú.

— ¿Los conoces? — pregunté.
— Sí.
— Pues preséntame en la casa.
— ¿Te interesa mucho?
— Muchísimo.
— Por...
— Porque Calipso, — ya sabes, la diosa á que rindo culto, — lo desea.
— ¿Y tú?
— Yo también.



TIPO AFRICANO, dibujo de T. Moragas

— Sea; te introduciré en casa los señores de Fueros, pero de este modo. Mañana me alejo, — iba luego á despedirme de tí; — no sé cuánto tiempo estaré ausente, ni si volveré...

— ¡Leonardo! ¡No digas simplezas!

— Ya sabes, Rafael, porque á tí nada te oculto, á pesar de mi natural reservado y taciturno, que á lo que voy es á correr un albur muy peligroso.

— Pero hombre, ¡por Dios santo! aun estás á tiempo de...

— No te canses, Rafael; he dado mi palabra, y sabes que por nada faltó á ella. Dejémosnos de esto, y vamos al pequeño servicio que puedo procurarte antes de marchar. Estoy encargado de un negocio del señor de Fueros; la compra de unas fincas en mi pueblo, y tengo que abandonarlo. Te daré una carta manifestando á dicho señor que puede fiar de tí como de mí propio, y que por ser del mismo pueblo puedes servirle como yo para el caso. Esto te permitirá desde luego visitarle y frecuentar sus reuniones... Mañana te daré la carta. Ahora no tengo tiempo que perder; cuando lo tenga te diré algo, no político, de gran interés para mí.

— ¡Hombre! ¿pues qué te sucede?

— Repito que no puedo detenerme; ya hablaremos...

Te fuiste y no hablamos, porque á la mañana siguiente, cuando estaba yo todavía en la cama, entraste en mi cuarto, me diste la carta de presentación y un estrecho abrazo, y en seguida, antes de que pudiera preguntarte nada, me apretaste con fuerza la mano y echaste á correr dejándome ¡malvado! con el temor de no volverte á ver y con los ojos más húmedos de lo que era razón.

(Continuará)



AMORÍOS EN VENECIA, cuadro de Enrique Woods

ELLA
(Conclusión)

Allí, al pie del ara, como decís vosotros los poetas, la ví de nuevo, con la frente ceñida de flores, ostentaba un blanco velo, de blanco vestida, con su rico pañuelo de batista en una mano y dando la otra al elegido de su corazón.

Un sacerdote los bendecía, sus madres lloraban, los deudos y los amigos los rodeaban, Dios presidía la boda, el templo los cobijaba, y yo, yo mismo era testigo de aquella unión.

Estoy convencido de que Dios me ponía á prueba.

Eso será una blasfemia para algunos; pero en fin... ya la solté.

Presencí aquella unión y tuve que morderme el labio inferior y llorar en silencio.

Ella... ya era la ella de él, era su esposa, la compañera de su vida, la futura madre de sus hijos, la mujer que compartía con él su coche y su mesa, que convertía su casa en templo y la tierra en cielo.

¡Ay! ya veía, como dijo Góngora y repitió Víctor Hugo, al ángel del himeneo, en pie, sonriéndose y con el dedo en los labios en la puerta de la cámara nupcial.

Al terminar la ceremonia me coloqué detrás de una columna para ver y no ser visto. Fué inútil toda mi precaución, pues ella al pasar del brazo de su esposo, fijó sus ojos en los míos, sonrojándose visiblemente.

Bendije con toda la efusión de mi alma aquel purísimo rubor de virgen que coloraba sus mejillas; porque aquellas rosas eran las últimas de su virginidad.

A pesar de la lluvia, salí del templo. En él me ahogaba, en él se oprimía mi corazón.

Todo aquel día lo pasé divagando como un loco. Cuando la noche extendió su negro velo, recogí los bártulos, tomé el tren y abandoné más que de prisa la ciudad.

V

Habían trascurrido dos años.

Durante este período de veinticuatro meses visité toda Italia.

Admiré sus suntuosos museos, visité todos sus templos, asistí á todos sus teatros, me engolfé en sus principales bibliotecas, saludé el lago *Bello* á la luz del sol y Venecia al resplandor de la luna; me interné en las catacumbas; recé en San Pedro, escalé el Vesubio y me adormecí al arrullo de las olas en las playas de Pórtici.

Aquel viaje fué una verdadera excursión artística.

La patria de Tasso, de Dante, de Pergolessio y de otros locos de amor, me seducía y me cautivaba.

Era feliz hasta cierto punto, pues recobré la calma y la paz del corazón.

Regresé á España lleno de agradables impresiones y cargado de objetos de arte. Desembarqué en una de las ciudades más poéticas del Mediterráneo. La sultana de la deliciosa costa de Levante. Al sentar el pie en

la última grada del embarcadero, naufragué en tierra firme. Toda la dilatada ausencia de dos años desvaneciéndose como un soplo, como una exhalación.

Dí con ella en el paseo. Ella, más hermosa, más apretada de carnes, más elegante, más provocativa, más mujer. Un caprichoso sombrero Rembrant con el ala vuelta al cielo, adornaba su cabeza, y un majestuoso traje de terciopelo cubría su persona.

Una pasiega con un niño en brazos la acompañaba.

Los dos al vernos, no pudimos contener un grito de sorpresa. Nuestros ojos se encontraron y nuestras manos también.

Después de las frases de ordenanza, me dijo dulcemente:

— Mire V. á mi hijo. Es un mamón que constituye el delirio de su madre.

Y levantando por uno de sus cabos aquel nevado pañuelo de batista, aquel lienzo dorado, aquella joya perdida en la calle, codiciada en un concierto y admirada en un templo, me mostró el risueño rostro de su dormido chiquitín.

— Es un ángel, señora, — exclamé. — ¡Y cómo no, siendo obra suya!

Y dicho esto, busqué en aquel risueño y apacible rostro los rasgos más visibles de la incomparable y bellísima fisonomía de su madre, y los besé con delirio y, hasta me atrevo á decirte, con pasión.

Ya ves, yo que nunca he sido poeta, que desconozco la lengua inglesa, que no soy escéptico, que no he escrito sátiras contra el waltz, que no he cruzado á nado el Helesponto remedando el célebre Leandro, obraba del mismo modo que Byron, cada vez que daba con el hijo de aquella María, que tanto amó en su juventud.

Esto te prueba que no se necesita ser poeta, ni ser inglés, ni lord, ni trasnochador de oficio para besar de un modo especial á los hijos que han dormido en las entrañas de una adorada mujer.

Me despedí de ella como un aturdido.

Al perderla de vista cayó la noche sobre mi corazón.

Amaba á un imposible, á un ser que pertenecía á otro, y el noveno mandamiento en caracteres de fuego se presentaba ante mis ojos estremeciendo todo mi ser.



EL APRENDIZ DE HERRERO

VI

Mi amigo fijó los ojos en el cielo, como si en él buscara algo, y continuó con triste y pausado acento:

— Estábamos en pleno mes de diciembre.

El mes más triste y desconsolador del año.

El mes de las escarchas, de los hielos, de las nieblas, de las nieves, de los días sin sol, de las auroras boreales, de los días cortos y de las noches interminables.

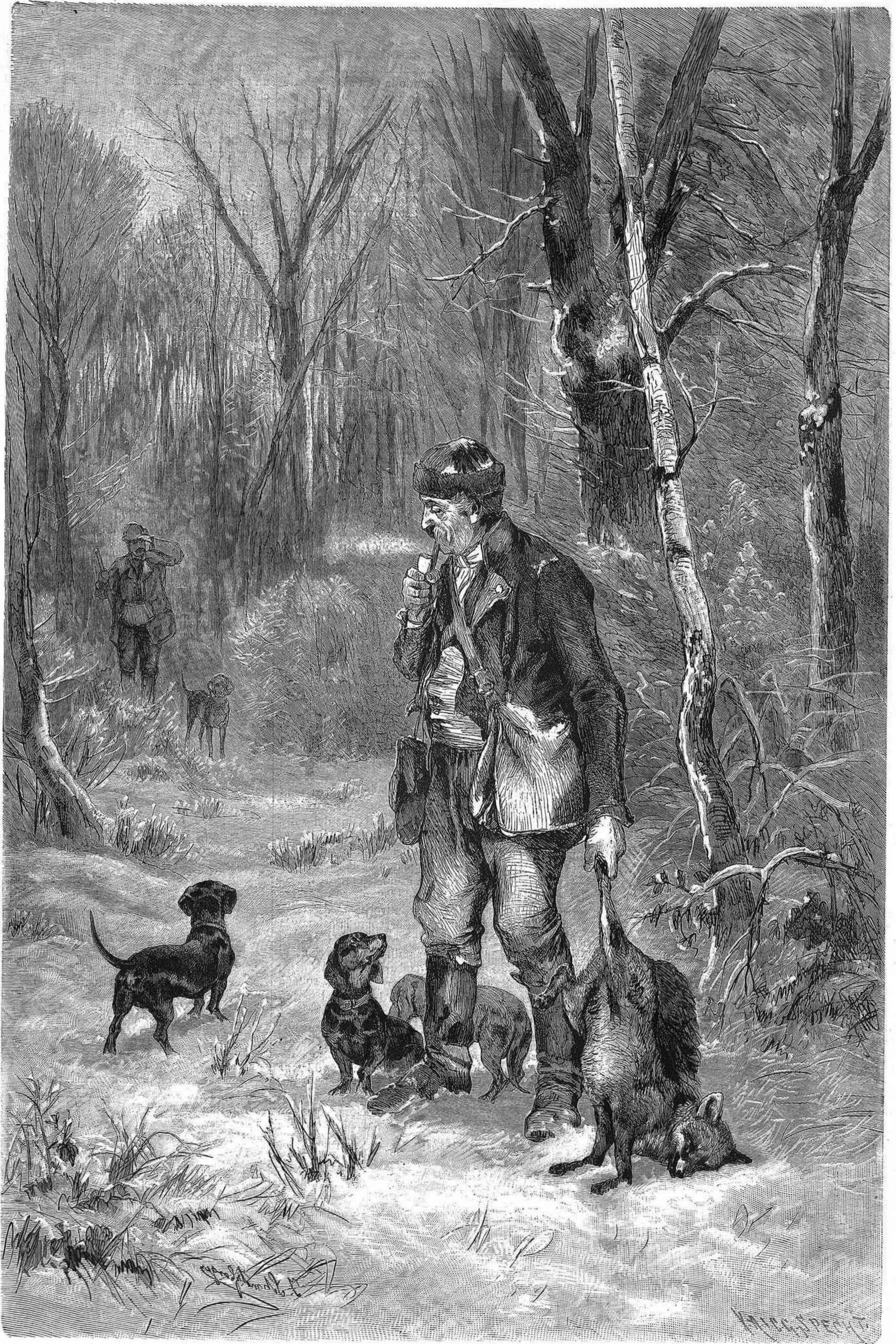
Dichoso mes para los recién casados; para los que tienen palco en el Real y en la Zarzuela, para los que concurren á las fiestas del gran mundo, comen en Fornos, pasean en carretela, se envuelven en confortables abrigos, pasan las noches en claro en los bailes y festines y las mañanas en turbio en voluptuosos camarines.

¡Terrible estación para los pobres; para las desgraciadas Magdalenas; para los huérfanos; para los enfermos; para los desvalidos; para los prisioneros; para los proscritos; para los traperos y para los desamparados niños saboyanos sin patria y sin hogar!...

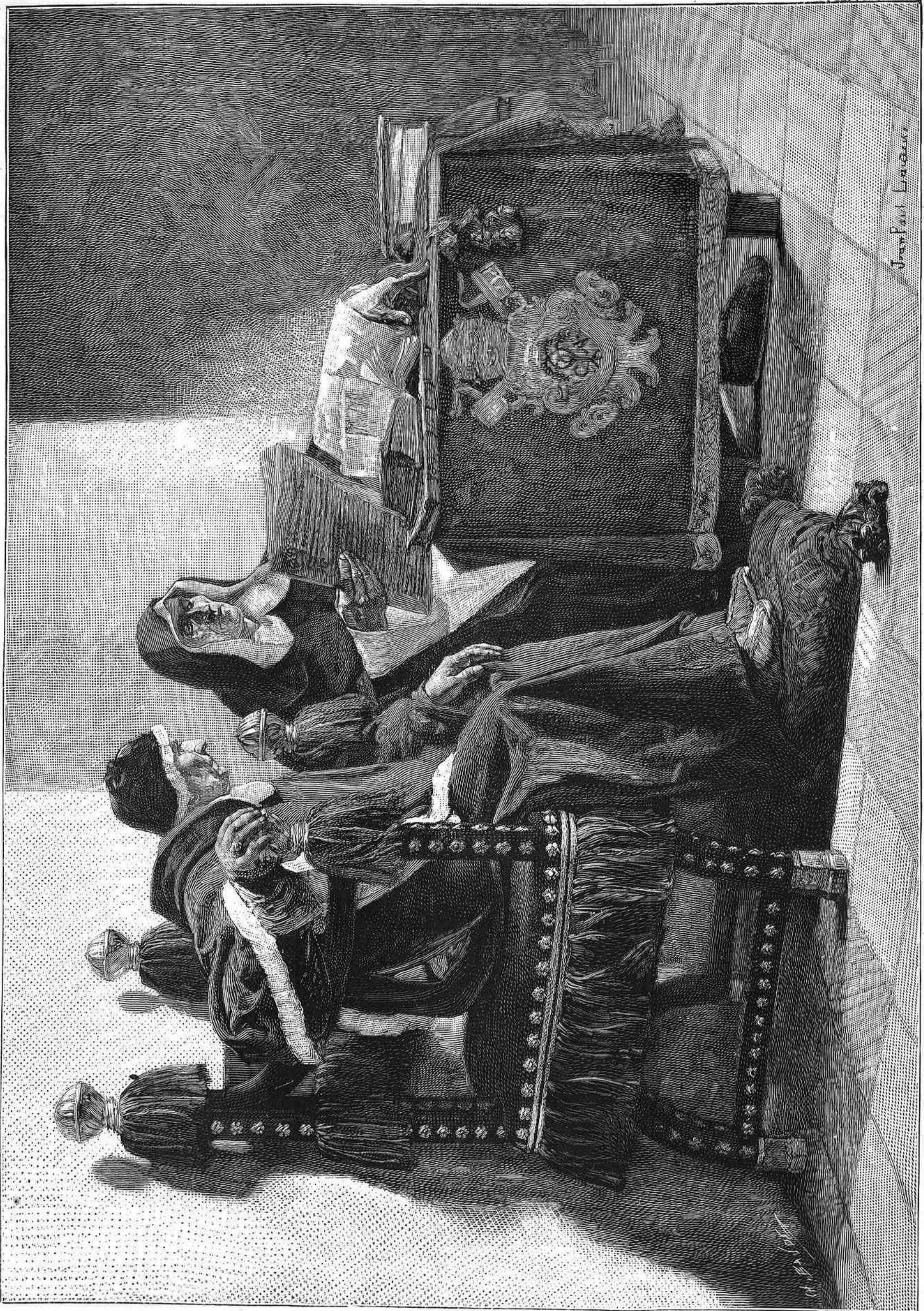
Era la hora del crepúsculo vespertino.

Ella, aquella mujer de mi manía y de mi cuento, que era el ángel del hogar y la Divina Pastora de sus hijos, se sintió de pronto herida de muerte y fué en busca de salud, de aires puros, de calma, de quietud, de bellos y dilatados horizontes á una deliciosa quinta de recreo que poseía en los valles del histórico Tajo, aquel río que sacó el pecho fuera y echó nada menos que un discurso en verso, según reza fray Luis de León.

Como muere una flor, se eclipsa una estrella, se des-



FIN DEL SALTEADOR, cuadro de J. Schmitzberg



EL PAPA Y EL INQUISIDOR, cuadro de Juan Pablo Laurent

prende una hermosa estatua griega de su pedestal, murió sin saber por qué ni para qué aquella mujer que fué mi delirio y mi única ilusión.

En aquella quinta la hallé por mis desgracias.

Allí la admiraron mis ojos por última vez.

Sola, de cuerpo presente, tendida en el ataúd y entre dos blandones de amarilla cera. Un crucifijo la amparaba, y su pobre hijo lloraba á sus pies.

Tiré el sombrero, arrojé la capa, corrí hacia ella, cogí entre mis manos su pequeña cabeza y colmé de besos sus trenzas, su helada frente, sus apagados ojos, sus descoloridas mejillas, sus mustios labios, su seco cuello, sus frías manos, sus inertes pies, su negro traje y su enlutada caja mortuoria.

—¡Ya es mía!— exclamaba como un insensato. —Ya me pertenece, ya soy dueño de su persona! Dios me la otorga; Dios me la concede; Dios me la encarga; Dios lo quiere; Dios nos bendice; Dios nos ve!...

Y me pareció que al calor de mis besos, de mis ardientes frases, de mis locas caricias, sus incomparables ojos verdes me inundaban de miradas de arrobadora voluptuosidad; que la sangre se agolpaba á sus mejillas; que sus labios buscaban mis besos; que sus manos estrechaban mis manos y que resonaba en mis oídos la música de su voz.

Me había desposado con la muerte; con un cuerpo inerte; con la fría materia; con un vaso de barro abandonado y roto, y sin embargo, era feliz.

Había en mí una mezcla de sentimiento y materialismo.

Una lucha, hablando vulgarmente, entre el espíritu y la materia. Rudo combate entre el alma y Satanás.

Hay crisis que, afortunadamente, sólo se repiten una vez en toda la vida del individuo. Otra batalla como aquella no la hubiera podido resistir.

Pasé toda la noche velando aquel cadáver. Cuando cerramos el ataúd, una arruga se ostentaba en mi frente y en mis cabellos la primera cana.

La acompañé á la iglesia y custodié su cuerpo hasta el cementerio.

Su buena aya, que, como yo, la adoraba entrañablemente, me regaló como memoria póstuma el bendito pañuelo de batista.

Aquel lienzo que había enjugado sus lágrimas en el lecho de muerte, recogió las mías al pie de su fosa.

Todo había concluido, todo había terminado. Aquella comedia íntima tocaba á su fin.

Se apagaron las candelillas, desocupóse la escena y corrióse el telón. Y fué el velo, la cortina, el blanco lienzo que ocultaba esta desaliñada historia, un pañuelo de batista que ostentaba las iniciales de una mujer... que fué.

Epílogo

Un rayo de sol hirió de pronto mi rostro y desperté.

Volví de nuevo á la vida real. Ella, Félix, el marido, el niño y el aya se desvanecieron como por encanto.

Aquello no había sido más que un sueño, una pesadilla, imágenes incorpóreas é intangibles, hijas de mi calenturienta fantasía.

Aquellos seres fantásticos que habían tomado vida, forma y movimiento en mi imaginación se habían evaporado como por encanto. Sólo impresiones y soñolientos compañeros de viaje admiraba en derredor.

Llegó la hora de partir. El mayoral subió al pescante del coche, empuñó las riendas, blandió el látigo, soltó un terno, los caballos relincharon, emprendieron la carrera, bamboleóse la diligencia, y como en alas del rayo abandonamos la población.

Asomé la cabeza por una de las ventanillas del carruaje y ví en un balcón, una bella y juguetona niña que saludaba amorosamente con su blanco pañuelo á un joven de elegante porte, caballero en su caballo.

Aquello era el primer capítulo de otra novela de amor. ¿Cómo concluirá? Vaya V. á saberlo.

FRANCISCO GRASYS ELÍAS

LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE URBANA

VENTILACIÓN, LUZ Y ORIENTACIÓN DE LAS HABITACIONES

El aire encerrado constituye uno de los mayores peligros que amenazan al hombre en su propia casa y contra el cual debe preverse á toda costa, evitando en lo posible respirarle. No basta que la atmósfera que rodea nuestras moradas sea pura; es preciso, ante todo, que la del interior no se haya viciado por alguna causa de mefitismo, y que se pueda respirar en cierto modo como al aire libre. Las condiciones fundamentales para la salubridad de los



APUNTE, de J. M. Marqués

habitantes se pueden resumir, por lo tanto, de la manera siguiente: «1.º respirar aire muy fresco entre las paredes y los muebles, manteniendo la debida temperatura; 2.º recibir libremente la luz del cielo, conservando bien iluminados los objetos que se tengan alrededor; y 3.º no permitir que en las habitaciones haya ninguna deyección» (Emilio Trelat).

Los higienistas se han esforzado en todo tiempo para obtener estas diversas condiciones; pero los constructores las descuidaban á medida que las aglomeraciones humanas se hacían más numerosas y compactas, sin reflexionar que una casa salubre y sana constituye uno de los mejores medios de evitar las epidemias y todas las enfermedades transmisibles. El ejemplo de las manifestaciones epidémicas nos demuestra que en las ciudades malsanas, y en los barrios ó habitaciones más insalubres es donde aquellas se desarrollan y propagan casi exclusivamente. Las grandes epidemias de los últimos siglos ocasionaban innumerables víctimas en esas agrupaciones de casas aglomeradas alrededor de las murallas ó cerca de las iglesias y castillos de nuestras antiguas ciudades; y en las mismas condiciones producen aún hoy mayores estragos epidemias como el cólera, la fiebre tifoidea, la viruela, etc: así será hasta el día en que se consiga mejorar la higiene de esas habitaciones. Los doctores Fodor y Rozsahegyí, después de examinar bajo este punto de vista las casas de Buda-Pesth, publicaron hace poco los resultados siguientes:

	Casas muy limpias	Casas limpias	Casas sucias	Casas infectas
Cólera	2	199	268	402
Fiebre tifoidea. . .	175	177	182	356

Por otra parte, en 10000 habitantes, en un período de quince años, ha resultado en la misma ciudad la mortandad siguiente:

	Casas muy limpias	Casas muy sucias
Cólera.	90	430
Fiebre tifoidea. . .	162	515

Entre las condiciones de que hemos hablado antes, hay dos sobre las cuales quisiéramos llamar hoy particularmente la atención de nuestros lectores. La Exposición de higiene urbana instalada actualmente en el cuartel Lobau, detrás de la Casa de la Ciudad, nos permite dar á conocer varios procedimientos imaginados en esta última época para sanear las habitaciones y las ciudades; y el momento nos parece oportuno para hacer una reseña de ellos.

Por lo que hace á la ventilación de las casas y de las habitaciones, dicho se está que es preciso esforzarse para introducir de continuo la mayor cantidad posible de aire exterior, que en cualquier lugar que nos hallemos debe ser siempre más sano que el interior, el cual se vicia forzosamente poco ó mucho. La evacuación de este aire se verifica por las chimeneas y los numerosos orificios de nuestras casas, y por aberturas especiales en los locales colectivos. Ahora bien, la parte de la habitación en

que más nos acercamos á la atmósfera ambiente es la ventana; los cristales que la cierran permiten entrar la luz en abundancia, condición indispensable de salubridad; pero como estos cristales son impermeables, impiden que el aire penetre.

Por eso en todas las circunstancias en que se necesitó introducir aire en las habitaciones, de modo que no molestase á las personas, buscáronse toda clase de medios para obviar la impermeabilidad; á ello se debe que ahora tengamos los ventiladores para colocar en la parte superior de las ventanas, y esa innumerable variedad de modelos de persianas móviles, planchas de cristal y válvulas de mica con aberturas. En Inglaterra, donde se ha estudiado mucho la cuestión desde hace algunos años, imagináronse muchos procedimientos; pero no se tardó en reconocer que determinaban corrientes de aire más ó menos violentas, perjudiciales para las personas que ocupaban las habitaciones así ventiladas. Entonces se concibió la idea de practicar en diversos puntos de la parte superior de las paredes, cerca del techo, una especie de válvulas ó más bien de ladrillos ventiladores perforados por varios conductos en sentido cónico de afuera adentro. El experimento representado en las figuras 1 y 2, tal como se practica en la Exposición de higiene urbana, permite comprender muy bien el interés que este medio ofrece. Cuando se introduce aire en un conducto cilíndrico con ayuda de un fuelle, prodúcese una corriente rectilínea que hiere directamente los objetos colocados delante; y así vemos cómo se agita con violencia la banderita colocada frente al conducto (fig. 1). Si se introduce el fuelle, por el contrario, en un conducto cónico, con el

mismo orificio exterior y el interior muy ensanchado, la misma cantidad de aire producido no moverá la banderita, porque se habrá dispersado en todas direcciones al salir del conducto cuya disposición cónica favoreció su diseminación (fig. 2).

Estos ladrillos y válvulas tienen, sin embargo, graves inconvenientes: en primer lugar, es difícil multiplicarlos mucho en las habitaciones; y en segundo, no es fácil lavarlos bien, porque retienen siempre en el interior de los conductos que los atraviesan toda clase de polvo llevado por el aire; el cual se ensucia también fácilmente al pasar. Hace algunos años, imaginóse en Leeds sustituir esos ladrillos con una especie de jaula de madera, colocada delante de las ventanas y provista de gran número de pequeñas aberturas, á las cuales se adaptaban conductos cilíndricos de cristal; pero este aparato, de aspecto muy desagradable, ofrecía los mismos inconvenientes que acabamos de indicar.

M. Emile Trelat, el sabio profesor del Conservatorio de Artes y Oficios, había demostrado, hace ya tiempo, lo ventajoso que sería tener en la parte superior de las ventanas cristales con numerosos agujeritos de corte cónico, para llenar las importantes condiciones de ventilación; y por su parte MM. Geneste y Herscher, persuadidos de lo mismo, esforzábanse en buscar procedimientos propios para obtener cristales en la forma indicada por Emilio Trelat; mientras que MM. Appert hermanos, después de practicar numerosos ensayos, conseguían al fin fabricar cristales perforados, como el que se representa en la figura 5. Fácil es comprender las dificultades que esto ofrecía, pues ya sabemos que cuando se quiere perforar el cristal ó el vidrio para poner las planchas en las puertas de las habitaciones, es preciso servirse de una espiga de acero y echar en el vidrio esencia de trementina para renovar la superficie, facilitando la acción del acero; algunas veces añádesse ácido oxálico, y empléanse cebollas aplastadas; pero el cristal se rompe muy á menudo durante este trabajo.

Los vidrios perforados por MM. Appert, Geneste y Herscher tienen cinco mil agujeros por metro cuadrado; son de corte circular y de tres milímetros de diámetro cada uno; entre uno y otro media el espacio de quince milímetros de eje á eje, y el espesor del vidrio es de 3",5 (figura 5). Se hacen otros más gruesos (de cinco milímetros) con agujeros de cuatro milímetros de diámetro, separados por espacios de veinte de eje á eje. Por sus procedimientos especiales, los señores Appert han conseguido vencer las grandes dificultades que ofrecía este problema industrial: sus vidrios perforados, tales como los presentan hoy, son una prueba notable de los últimos progresos en el arte de la cristalería.

Bajo el punto de vista que aquí nos ocupa particularmente, es preciso observar ante todo que esos vidrios presentan una superficie de tres decímetros cuadrados por metro cuadrado, abierta al aire exterior, y además, como los agujeros se ensanchan interiormente, las venas fluidas del aire se dilatan al penetrar en la habitación. Emilio Trelat, á quien corresponde el mérito de haber promovido la fabricación de estos cristales, demostrando

LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE URBANA

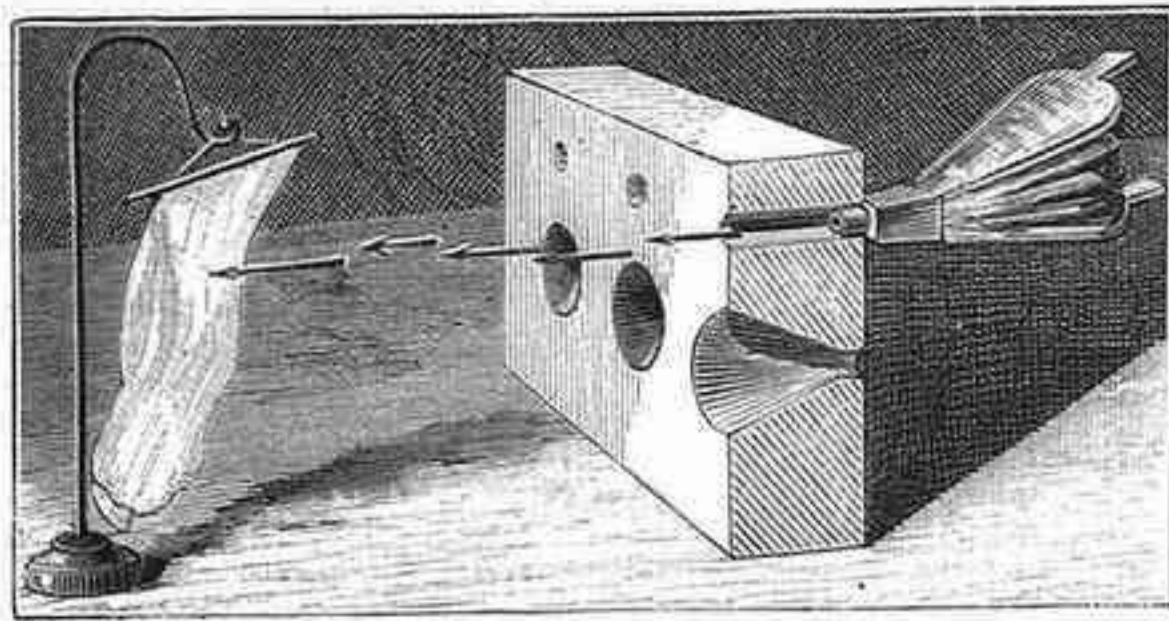


Fig. 1. - Efectos producidos en una banderita por el aire de un fuelle á través de un conducto cilíndrico.

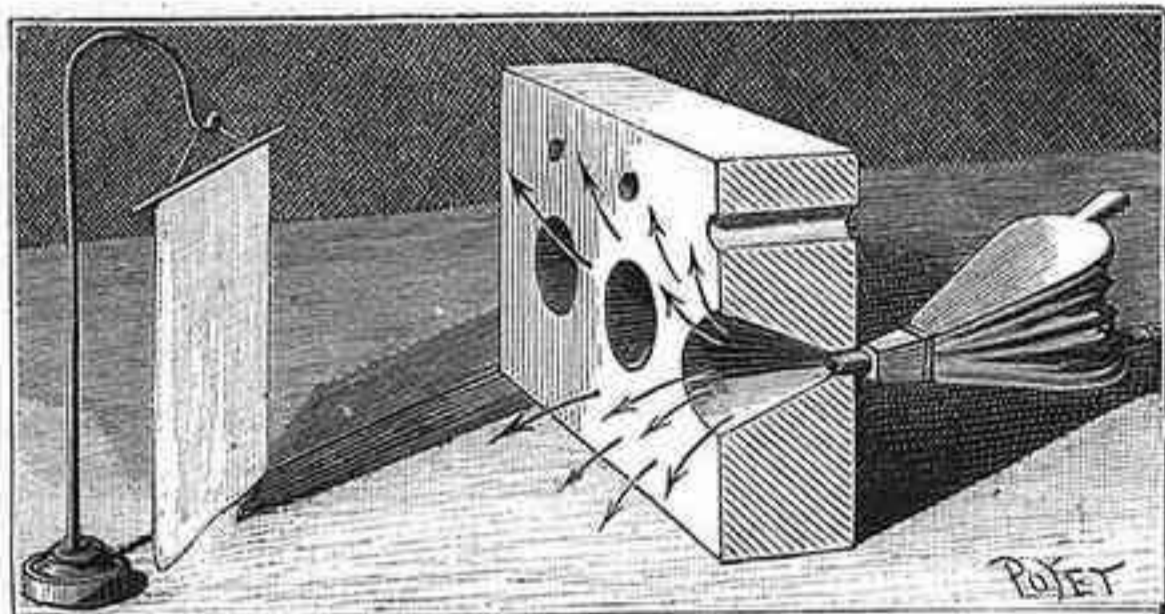


Fig. 2. - Efectos producidos en una banderita por el aire de un fuelle á través de un conducto cónico.

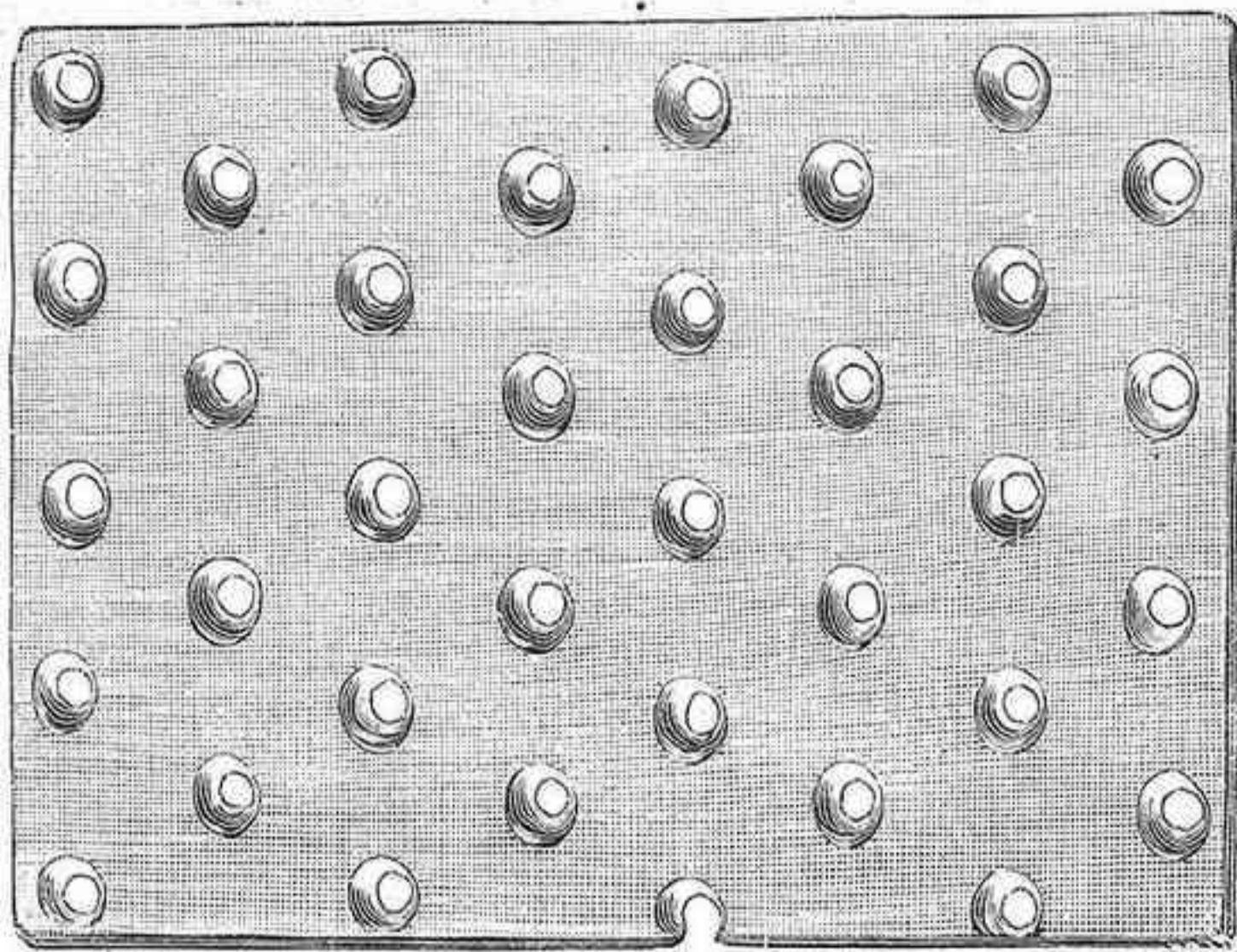


Fig. 5. - Aspecto de un pedazo de vidrio perforado (tamaño natural) sistema Appert, Geneste y Herscher, según el método de M. Emile Trelat.

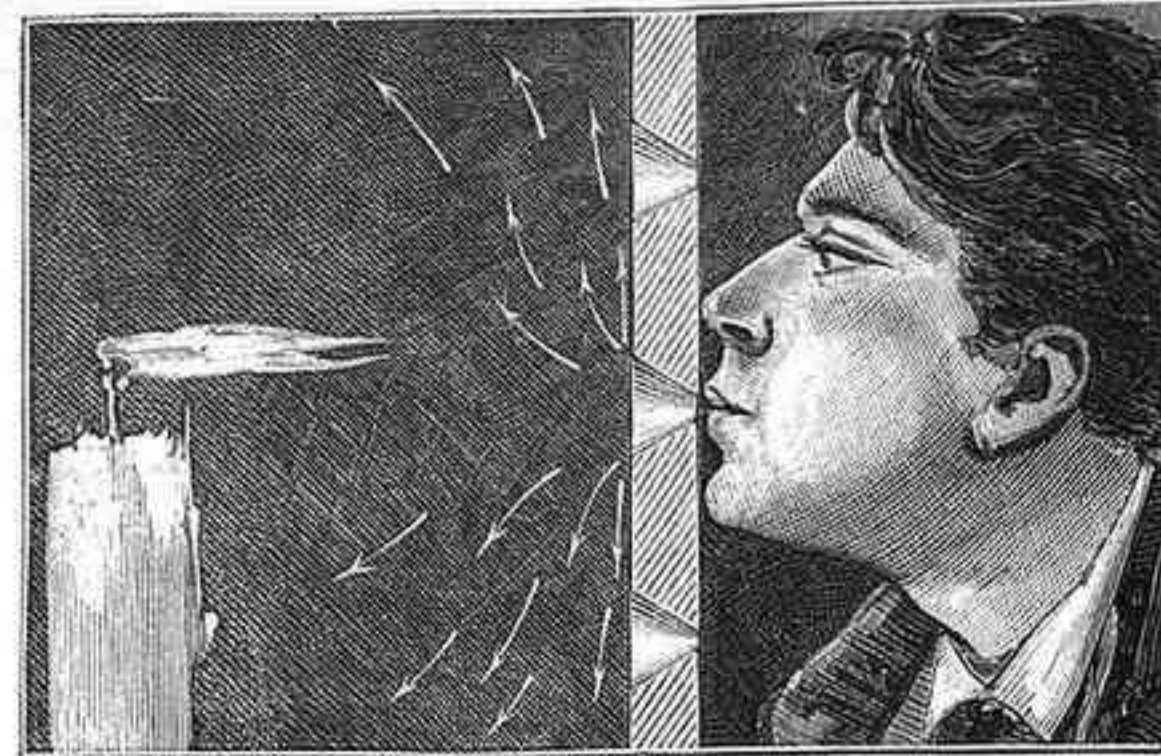


Fig. 3. - Efecto producido en la llama de una bujía soplando por la base menor del orificio cónico de un vidrio perforado.

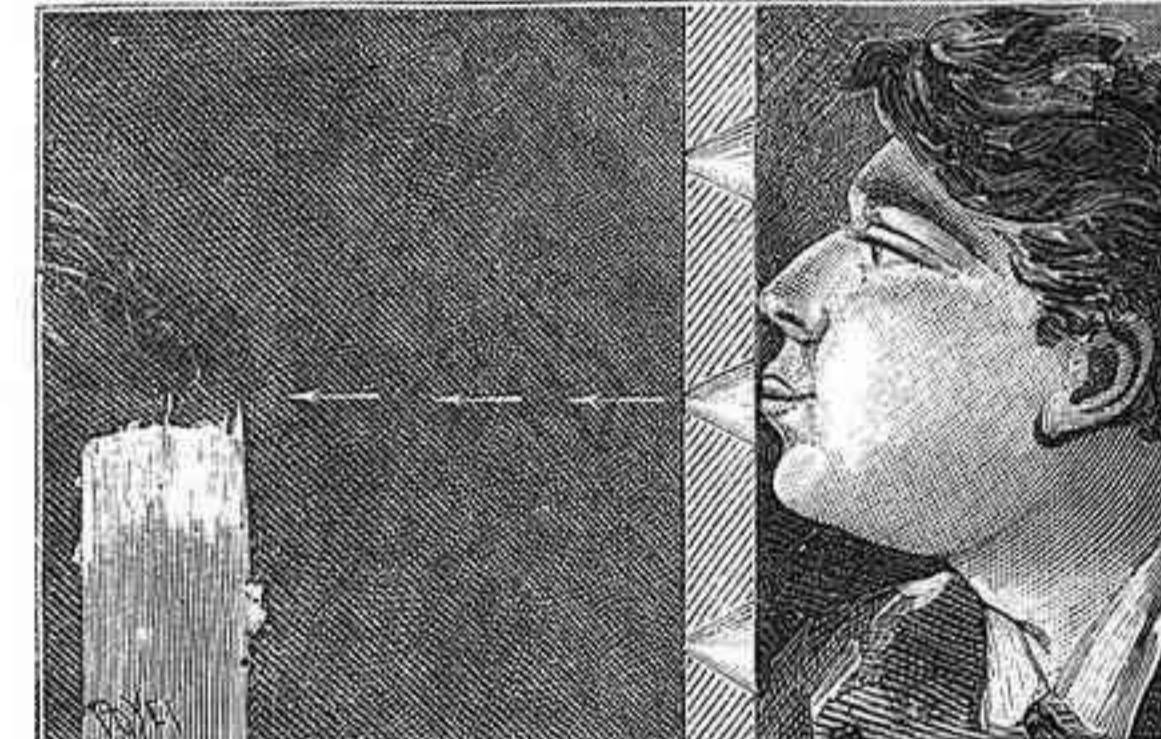


Fig. 4. - Efecto producido por la llama de una bujía soplando por la base mayor del orificio cónico de un vidrio perforado (extinción de la luz).

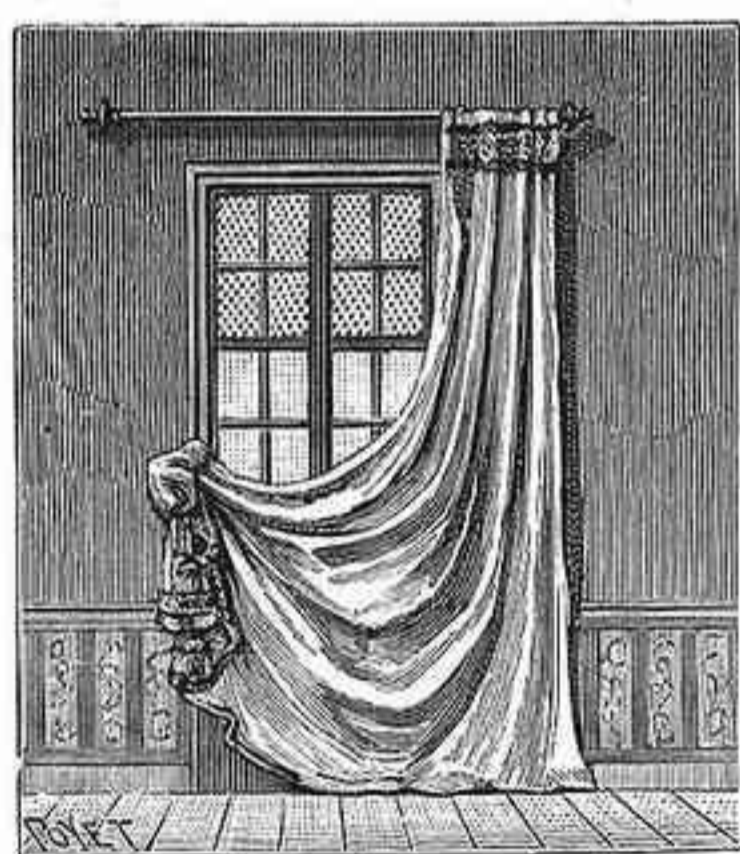
cuán útiles son para la salubridad de las casas, recomienda muy oportunamente no colocarlos á una altura inferior á 2^m,50 sobre el suelo, á fin de que las venas de aire no

molesten á las personas. Por eso son particularmente benéficos en las habitaciones altas, y sobre todo en los locales colectivos, salas de las escuelas, hospitales, dor-

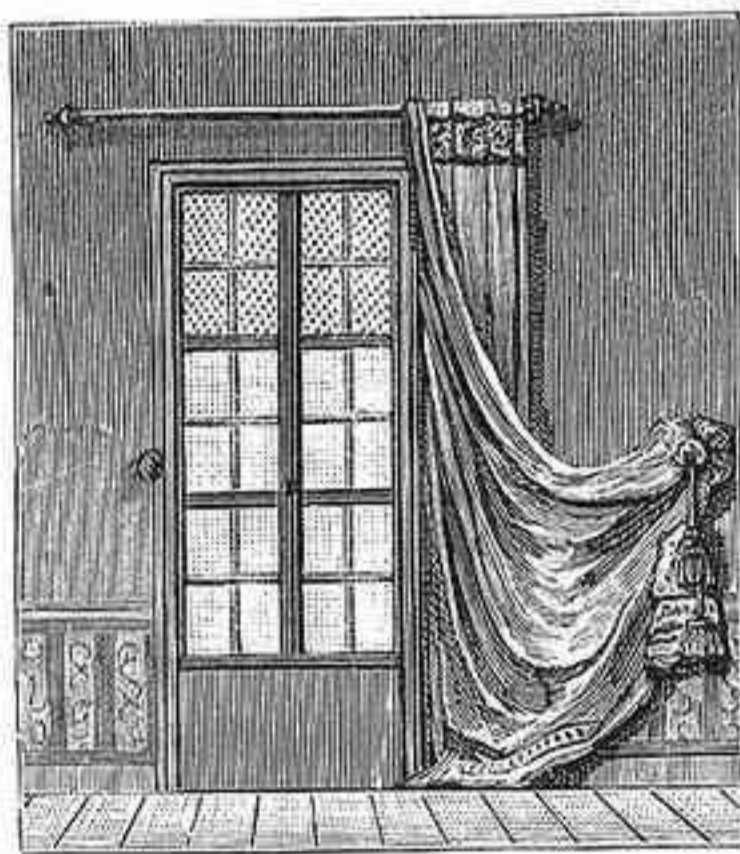
durante las horas del día en que se ocupen las habitaciones. Desde hace mucho tiempo M. Trelat se declaró resueltamente en favor de la luz unilateral para las salas de las escuelas, aconsejando que en uno de los lados se construyeran grandes ventanas con vidrios, y en el otro ventanillos para airear, que sólo deberían abrirse por la noche y durante las horas de recreo. M. Trelat propone también que se cambie el arreglo interior de nuestras habitaciones, dejando completamente libre la parte superior de las ventanas: en una de las salas del primer piso de la Exposición de higiene se puede ver una elegante cortinaje confeccionado por el hábil tapicero M. Penon: la luz de esta sala es seguramente de las más agradables, y no puede molestar la vista más delicada, ni aun despues de un prolongado trabajo. Falta saber si la moda querrá adoptar esta innovación, por demás elegante; pero como quiera que sea, ya está dado el primer paso, y siempre se deberá á M. Trelat, cuyas indicaciones reproducimos (fig. 6 y 7), el mérito de haber prestado el servicio.

M. Trelat insiste igualmente en la necesidad de disponer la orientación de los edificios colectivos y de las casas de una manera distinta en los países septentrionales y en los meridionales; y al efecto ha construído, en colaboración con M. Gaston Trelat, unos bastidores propios para obtener dicha orientación. Conocida es la tendencia que hay á uniformarlo todo en nuestro país; y así, por ejemplo, vemos que se adopta el mismo sistema de construcción para los cuarteles de Dunquerque y de Bayona, de Brest y de Tolón, como si las condiciones climáticas fueran en todas partes las mismas. Ahora bien, para que la calefacción se distribuya por igual en todos los materiales con que se ha construído el edificio, y para que los rayos solares puedan penetrar profundamente en las salas, es preciso que la orientación se halle al sudoeste en el norte, y al nordeste, por el contrario, si se quiere suprimir en los países meridionales la acción ofensiva de los rayos del sol, que por la mañana y por la tarde penetran horizontalmente en el interior de las salas. Los argumentos de M. Trelat sobre este punto son convincentes.

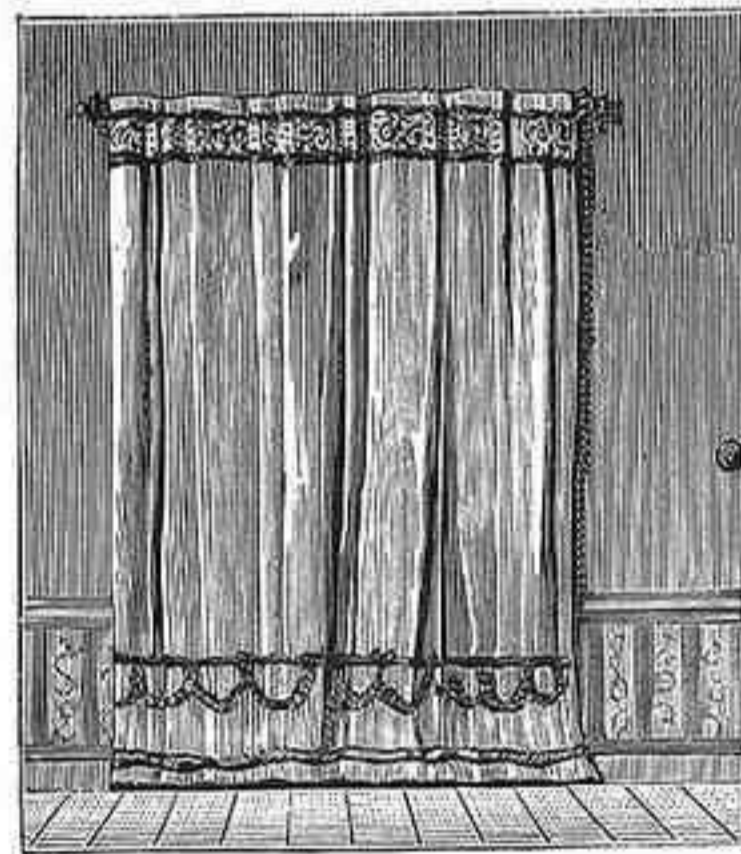
DR. Z....



Buena luz sin vista

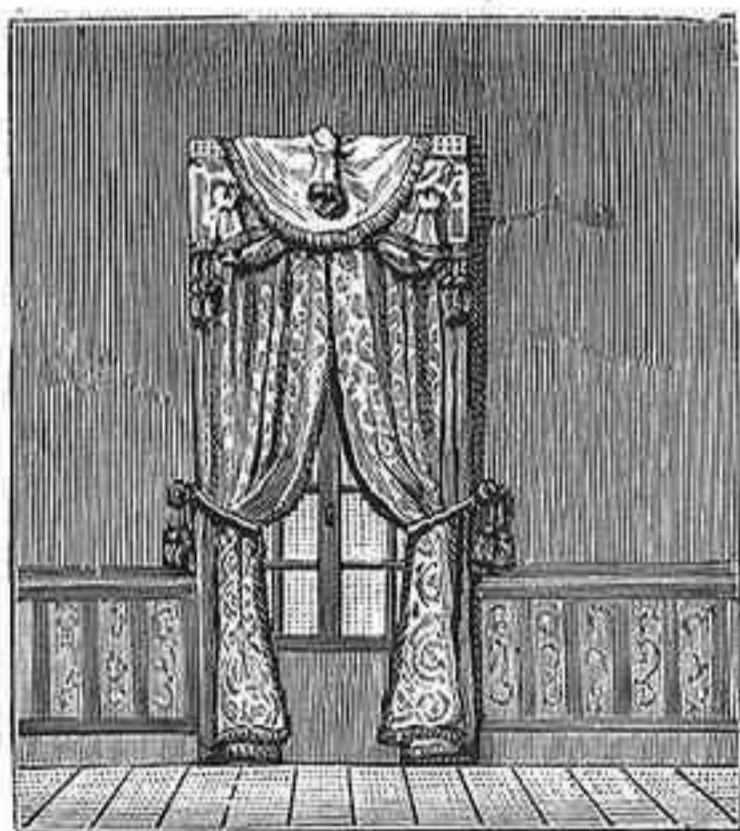


Luz y vista

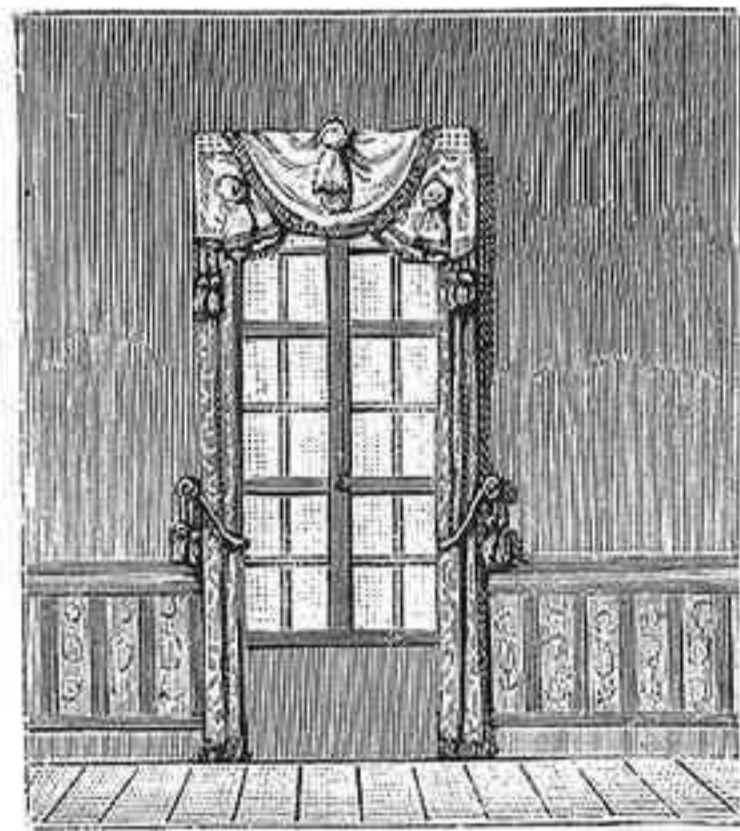


Ni luz ni vista

Fig. 6. - Luz de las habitaciones. - Lo que se debe hacer.



Buena luz sin vista



Luz y vista



Ni luz ni vista

Fig. 7. - Luz de las habitaciones. - Lo que no se debe hacer.

mitorios, cuarteles, iglesias, salas de reunión, cafés, casinos, etc. Además tienen la ventaja de no obstruirse nunca, «pues todos los vidrios de las ventanas se lavan necesariamente, y de este modo el aire que los atraviesa no se impregna de ninguna impureza á su paso. Si se fabrican con vidrio traslúcido, pero no trasparente, las miradas de los vecinos curiosos no podrán penetrar en el interior de las habitaciones.»

Los vidrios perforados se emplean también útilmente en los pisos bajos y en nuestras habitaciones si se disponen de modo que puedan recobrar por momentos su superficie abierta, lo cual es fácil de conseguir por medio de un bastidor movable que cierre y deje libres á voluntad los orificios. El uso de esos vidrios está indicado, además, para todas las puertas de la casa, tales como el retrete, el tocador, las cocinas, etc., donde la ventilación es más indispensable, pues bastan por sí solos á menudo para evitar todo mal olor, asegurando la entrada de aire suficiente. Las figuras 3 y 4 demuestran de una manera precisa, por medio de un experimento muy curioso, que cualquiera puede hacer, la facilidad con que se obtiene la ventilación insensible en las habitaciones. Si se sopla en dirección de la abertura pequeña hacia la mayor, el aire se extiende á lo largo de las paredes de la vasija, la lame, digámoslo así, y forma detrás de la bujía, colocada en frente, una especie de remolino que representa con toda exactitud cómo se extendería alrededor de una habitación (fig. 3); mientras que la bujía se apaga al punto si se sopla en sentido opuesto, pues el aire llega directo como una flecha, soplando con violencia (fig. 4).

M. Emile Trelat no se limita á decirnos que se debe introducir continuamente en una habitación todo el aire fresco que sea posible, y que al efecto es útil poner en la

parte superior de la ventana vidrios perforados, sino que insiste en la necesidad de recibir en el interior de las casas luz que llegue directamente del cielo, por lo menos

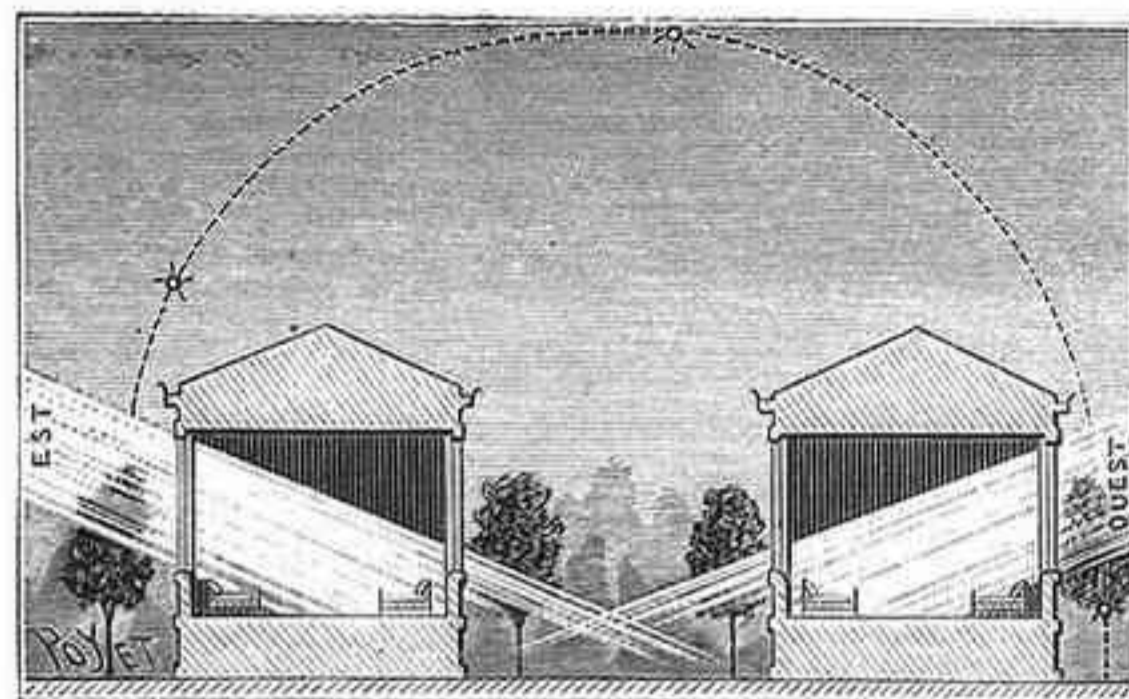


Fig. 8. - Orientación de las salas. - Países septentrionales. - Orientación Este-Oeste

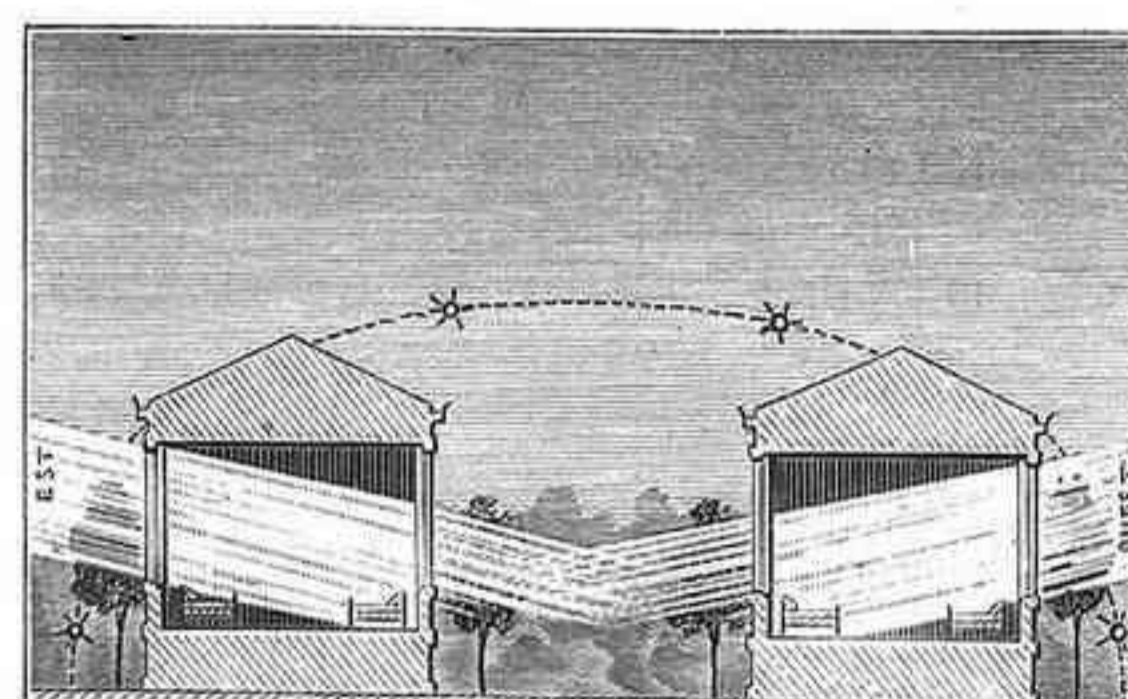
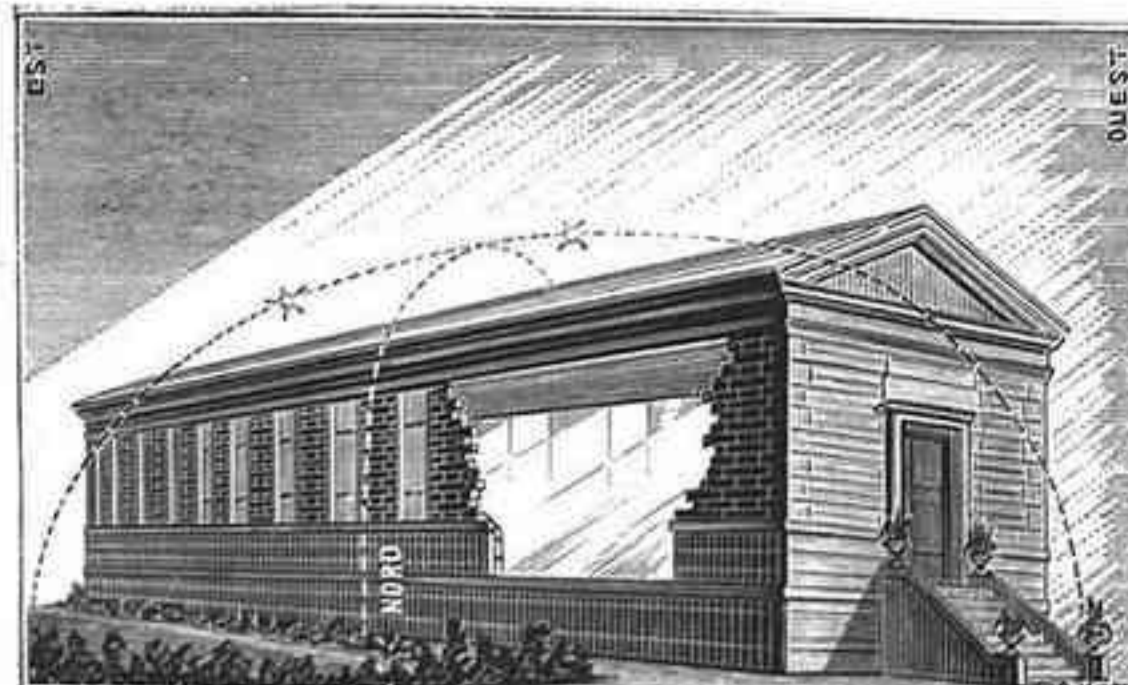
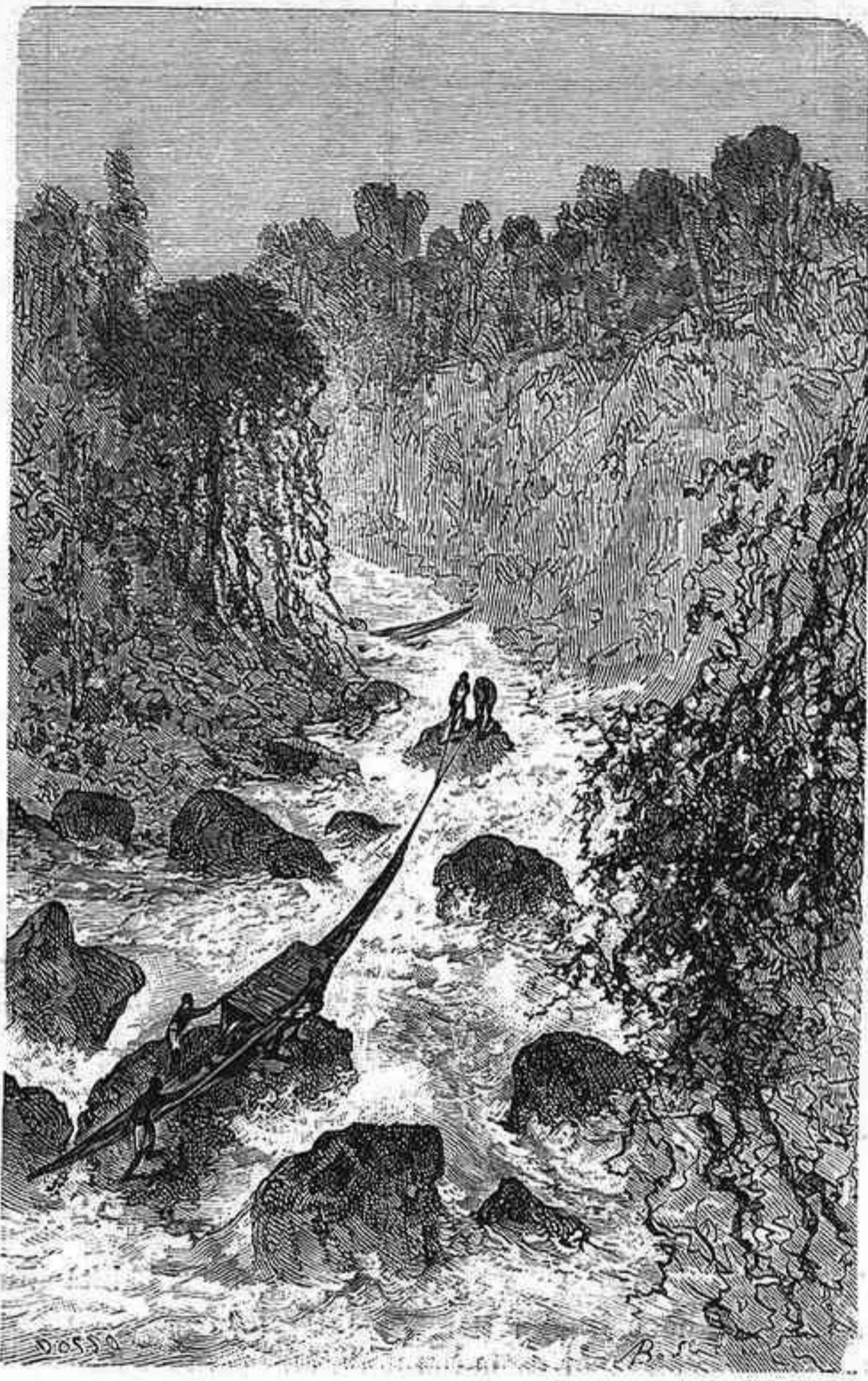


Fig. 9. - Orientación de las salas. - Países meridionales. - Orientación Norte-Sur. - Se suprime con ella la acción ofensiva de los rayos solares de la mañana y de la tarde que penetran horizontalmente en el interior de las salas





Viaje á Filipinas.—Un raudal en el Sahug

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

A las cuatro y cuarto de la tarde llego á Nagta, donde veo las primeras casetas desde esta mañana; el paisaje, los indígenas y su actitud son exactamente los mismos que en Kalibukassan.

11 noviembre.—Al despertarme en mi embarcación me encuentro al nivel de la orilla, que ayer tarde me dominaba á la altura de cinco metros; durante la noche, una crecida del Sahug ha colmado la diferencia; de modo que es imposible avanzar, á causa de la violencia de la corriente. Paseándome en medio del pueblo disparo un tiro contra un ave que está muy lejos, medio oculta en el follaje; pero la toco y cae: ¡es un *limbucun!* Los mandayas parecen enojados, pero gracias á mis presentes ó á sus reflexiones sobre la fuerza de mis armas, pronto se desvanece esta mala impresión.

12 noviembre.—El nivel del Sahug ha bajado, y continúo mi viaje á las siete y veinticinco de la mañana; ahora el río se encajona más; los ribazos de la orilla izquierda tienen unos doce metros, y por todas partes veo numerosas arboledas de tawintawin. A las tres de la tarde me detengo en casa de Daug, dato mandaya, que parece bastante poderoso; las casetas se hallan en alturas verdaderamente vertiginosas, y desde esta especie de observatorio se ve todo el país ocupado por colinas bastante escarpadas, cubiertas de bosque. Daug es más expansivo que sus vecinos; hacemos algunos negocios, y puedo reforzar mi provisión de arroz.

13 noviembre.—Me pongo en camino á las siete y cuarto de la mañana, y á medio día no estoy aún más que á los 7° 38' 38"; algunos árboles tendidos á través del Sahug nos dan mucho que hacer, y mis muchachos están muy cansados. Me detengo á las dos y cuarto en el confluente de Maggum: aquí hay dos pueblos mandayas inmediatos, de los cuales Tilacan es el más considerable; me es imposible obtener informes precisos sobre el curso del Sahug y los caminos terrestres; y en la incertidumbre, sin pararme en las dificultades anunciadas, me decido á continuar el viaje por el río, particularmente á causa de los cronómetros, que cargados al hombro se desarreglarían muy fácilmente.

14 noviembre.—Salgo á las seis y cuarto de la mañana: el Sahug no se limita ahora sólo á ser sinuoso, sino que presenta muchas cascadas y cataratas, haciéndose necesario descargar las embarcaciones para que puedan pasar á través de estos obstáculos naturales, izarlas luego, y remolcarlas contra una corriente furiosa. Las rocas que forman estos obstáculos, calcáreas, llanas y compactas, se mezclan con enormes moles de políperos, sin duda del género *Astracæa*, y semejantes á los que se multiplican en el golfo de Davao: este es un nuevo indicio del levantamiento reciente de esta parte de Mindanao.

Llueve á torrentes; mis hombres están rendidos; tienen los pies llenos de ampollas y de úlceras, y yo he adelantado muy poco hacia el norte: la soledad es absoluta. A las cuatro y veinticinco minutos de la tarde me detengo en un desfiladero profundo, en una especie de playa, cerca de la cual se ve un magnífico bosque, cuya calma y silencio me recuerda los de *Las mil y una noches*.

15 y 16 de noviembre.—Siempre lluvia, cataratas, cascadas, paisajes maravillosos y mucha fatiga. He encontrado un esclavo de pura raza de Negritos. Entre las rocas

veo siempre muchas moles de políperos; las colinas entre las cuales se desliza el Sahug comienzan á ser poco á poco montañas, cubiertas con una espesa cortina de bejuocos.

17 noviembre.—Las masas de políperos que abundan en las cataratas constituyen casi la mitad de las rocas que obstruyen el lecho del Sahug. En un paso de los más difíciles disparo varios tiros contra algunas aves, y en el mismo momento acuden tres mandayas armados de lanzas. Estaban pescando cerca de aquel sitio, y se ayienen de buen grado á trasportar nuestras embarcaciones; franqueado el mal paso, les hago varios presentes y quedan muy satisfechos, tanto que van á buscarme víveres, volviendo media hora después con doce bananos y un pollo del tamaño de un pichón. Algunos objetos de quincalla y un poco de percal deciden á uno de ellos á seguirme durante el viaje, lo cual le impone un trabajo penoso aunque apenas avanzamos. Llegada la noche, el mandaya rehúsa ir más lejos por ningún precio. «Mientras permanezca contigo, —me dice,— nada arriesgo, porque tienes relámpagos y truenos en la mano; pero no puedo seguirte siempre, y cuando me separe de tí, Husip me cortará la cabeza.»

—¿Husip?

—Sí, Husip, el gran dato; le encontrarás allí donde el Sahug no deja ya pasar ninguna embarcación.

—¿Estás en guerra con Husip? ¿Le has cogido algún esclavo?

—No, pero Husip me cortará la cabeza.

De este modo tropiezo siempre con los mismos temores; desde Balao viajo en el *país del terror*. Para todo mandaya, alejarse de su caseta es exponerse con seguridad á la esclavitud ó la muerte. Las costumbres ya observadas en los Bagobos se desarrollan aquí sin obstáculo en toda su barbarie; los mandayas se agrupan en las casetas, poco numerosas, no sólo porque la construcción de estas viviendas, á diez, quince, y hasta veinte metros sobre el suelo, exige un trabajo inmenso, sino porque se juzga prudente tener muchos defensores juntos para rechazar un ataque. En estas viviendas aéreas no se está siempre seguro de despertar por la mañana. Puede suceder que en medio de la noche se inflame por las flechas impregnadas de resina que los enemigos arrojan; mientras que los sitiadores, formando la *tortuga* con sus escudos, derriban á fuerza de hachazos el árbol ó la estacada que sirve de apoyo á las casetas. En estos ataques, el sitiador queda casi siempre victorioso, pues los defensores dirigen mal sus golpes en la oscuridad; y cuando la caseta cae, magullados ó heridos, no pueden oponer mucha resistencia. Los mandayas matan para apoderarse del botín; pero algunos lo hacen sin idea de lucro, y solo por el honor; tienen la palabra especial, *baganis* (literalmente asesino, pero valiente en el verdadero sentido) para calificar al que ha cortado sesenta cabezas. Estos baganis, una vez probadas sus hazañas ante la tribu reunida, tienen derecho para llevar un turbante de tela de color escarlata; y adviértase que todos los datos ó jefes son baganis. Semejantes costumbres, que tanta analogía tienen con las de los Dayaks de Borneo y otras muchas tribus del interior de las islas de la Malasia, explican suficientemente que se hallen tan despobladas las orillas del Sahug, no siendo de extrañar la miseria de los habitantes y su invencible repugnancia á

reunirse con mi reducida tripulación, cuyas fuerzas se agotan rápidamente.

Este régimen bárbaro es normal en el interior de Mindanao, y los mandayas no viven menos miserablemente que sus vecinos; pero se consideran como los más antiguos y más ilustres habitantes de la isla; constituyen la aristocracia de la región; y así es que los manobos, los más poderosos y tímidos de los insulares, se enorgullecen mucho cuando pueden adquirir por el rapto ó por casamiento mujeres mandayas. Si estos indígenas no son protegidos pronto por la civilización española, muy luego no quedará sino el recuerdo de ellos, pues continuamente expuestos á los ataques de sus vecinos, se hacen entre sí una guerra sin cuartel.

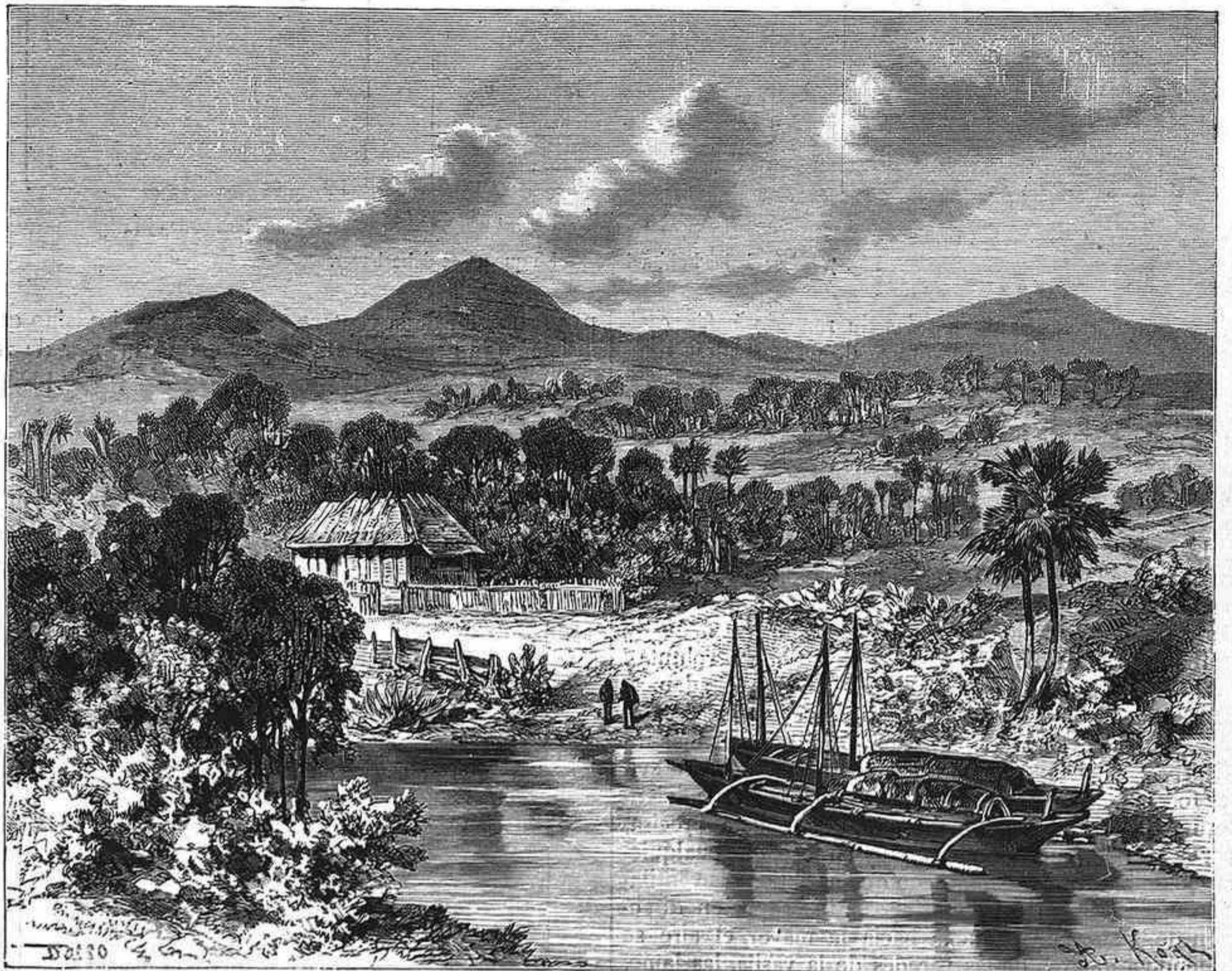
18 noviembre.—El día sigue muy penoso: el Sahug no es ya más que una serie de cascadas y cataratas; después de franquear el obstáculo se cae siempre en, una especie de estanque de cinco á doce metros de profundidad, y después de algunos golpes de remo se encuentra una nueva obstrucción, sucediendo siempre lo mismo. Algunos mandayas me ayudan un momento, pero rehúsan avanzar siempre por temor al terrible *Husip*. Varios desprendimientos me permiten ver la constitución de las colinas de la orilla; en todas partes arena fina y conglomerados en vía de formación. Los chubascos son frecuentes, y como no hay medio de hacer observaciones astronómicas, ya no sé dónde me hallo. Mis muchachos tienen los pies ensangrentados, y mi epidermis, menos resistente que la suya, se ha resentido mucho más.

19 noviembre.—Lluvia torrencial; crecida sensible del Sahug, que me permite franquear muchas cataratas sin abrir un paso; pero la corriente y los torbellinos llegan á ser casi insuperables. No hay ningún indicio de vivienda; á las cuatro de la tarde llego á un considerable afluente (todos los que he visto hasta aquí carecían de importancia) que se confunde con el Sahug bajo un ángulo muy agudo. ¿Dónde está el Sahug? No es posible reconocerlo; remonta la corriente que parece venir más directamente del norte; y á las cinco acampo sin víveres en una alta roca, al abrigo de la crecida.

20 noviembre.—A las nueve de la mañana continuamos penosamente nuestro viaje; la excitación de la marcha reanima un poco á mis hombres, que no pueden ya entrar en el agua sin experimentar crueles padecimientos; franqueamos algunas cataratas espantosas; á las once, una balsa que vemos en la orilla nos induce á sospechar la existencia de algunas casetas; tres muchachos van á practicar un reconocimiento en el bosque, pero vuelven sin haber visto nada, y seguimos avanzando.

Mis auxiliares, heridos y en ayunas desde la víspera, no pueden hacer más esfuerzos; una distribución de café y de tabaco reanima un poco á los que no están atacados de la fiebre; y á medio día puedo tomar la altura del sol, dándome el cálculo 7° 46' 28"; de modo que en siete días, desde el 13, sólo me he elevado por el norte 7' 50" ¡Unos 14,5 kilómetros!

Sin embargo, es indispensable tomar un partido. Husip no puede estar lejos; descargo completamente la más ligera de mis embarcaciones, y confío su dirección á mis dos auxiliares más útiles, Marcelo y Francisco el cuadri-



Viaje á Filipinas.—Riachuelo en la costa oriental de Mindanao

llero, á quienes doy mis carabinas para que impongan más respeto, pues á pesar de todos mis cuidados, la humedad de estos últimos días me ha inutilizado casi armas y municiones, hasta el punto de necesitar diez minutos de preparativos cuando quiero cargar mi carabina Lefauchaux, de la cual fallan la mitad de los tiros. Mis emba-

jadores parten con la misión de buscar á Husip é inducirle á buscarme remeros; la pequeña piragua, libre de su peso, deslízase ligera sobre la superficie, conducida sin dificultad por sus dos tripulantes, á los cuales pierdo de vista muy pronto.

(Continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN